



2026 ENSÉÑANOS
A SER
Familia



DESDE NUESTROS HOGARES

· ALTAR DE ADORACIÓN ·
FAMILIAR

Una familia sentados a la mesa



Citas Bíblicas

Efesios 2:12-13

² En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo.



INTRODUCCIÓN

La vida cristiana no es simplemente una experiencia individual entre el creyente y Dios; es, en esencia, una realidad de comunión. Por medio de la obra de Cristo, no solo fuimos perdonados, sino también reconciliados con el Padre e incorporados a una familia. Hemos pasado de la distancia a la cercanía, de la separación a ser convidados a sentarnos a la mesa con Él y con nuestros hermanos.

La imagen de la mesa revela profundamente su corazón: un Dios que acerca, que recibe, que hace lugar y que comparte su vida con nosotros. No es una relación fría, distante; es una relación viva, cercana y participativa.

En Cristo, ya no somos extraños ni ajenos; somos familia. Y, como familia, no caminamos solos. Caminamos juntos, compartimos la vida, crecemos juntos y participamos de una misma realidad espiritual. La comunión con Dios y entre nosotros no es un complemento de la fe, es parte esencial de ella.

I. Cristo, centro de nuestra comunión.

Efesios 2:12 – 13

12 En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. **13** Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo.

El apóstol Pablo describe en Efesios una transición radical en la condición del ser humano: no es un ajuste moral, es un cambio de estado espiritual. En Efesios 2:12 presenta cinco descripciones que expresan nuestra realidad sin Cristo: “sin Cristo... alejados... ajenos... sin esperanza... sin Dios”.

Cada una de estas expresiones es una realidad de nuestro estado fuera de Dios.

Sin Cristo implica separación total, falta de participación, no tener parte en Él y falta de comunión.

Alejados de la ciudadanía implica exclusión, estar fuera de un ámbito al que no se pertenece, una condición de no pertenencia a la familia de Dios.

Ajenos a los pactos de la promesa, sin derechos ni herencia. No tener acceso a las promesas divinas ni participación en su cumplimiento.

Sin esperanza es decir vivir desconectado de la realidad de Dios, sin relación, sin acceso, sin comunión.

Pero el versículo 13 marca un giro poderoso: “Pero ahora en Cristo Jesús...”.

Esta expresión marca un cambio de esfera. Ya no se trata de lo que éramos, sino de la nueva realidad “en Cristo”. No es solo cercanía a



Cristo, sino unión con Él, una nueva posición espiritual donde participamos de su vida.

Es importante notar que el acceso no es el fin último; es la puerta a la relación. El Padre es el destino de la reconciliación, pero Cristo sigue siendo el medio continuo y el centro de la experiencia de comunión.

La comunión no comienza en la mesa como símbolo, sino en Cristo como persona. La mesa es una expresión de esa realidad, pero el centro sigue siendo Él.

II. Jesús revela el corazón de la mesa.

Lucas 22:14 – 16

14 Cuando era la hora, se sentó a la mesa, y con Él los apóstoles. 15 Y les dijo: ¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca! 16 Porque os digo que no la comeré más, hasta que se cumpla en el reino de Dios.

La expresión “la hora” no es casual; en el evangelio de Lucas marca momentos determinados por el propósito divino. Este no es simplemente el tiempo de una comida, es el momento señalado dentro del plan redentor, donde Jesús va a revelar el sentido profundo de lo que está por ocurrir.

El hecho de que Jesús se sentó a la mesa implica:

Aceptación, comunión e identificación.

Implica compartir la vida, abrir espacio relacional, reconocer al otro como parte. Jesús no solo reúne a sus discípulos; se identifica con ellos y los introduce en un momento de intimidad profunda.

Una expresión que revela el corazón de Jesús: “¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca!”.



Cuando participamos de la mesa, no estamos simplemente recordando un evento histórico. Estamos afirmando una realidad presente: Cristo es nuestra vida, nuestra comunión y nuestro centro.

La mesa que Cristo estableció no es el centro en sí misma, sino la expresión visible de una realidad mucho más profunda.

La mesa no nos une por sí sola; es Cristo quien nos hace uno. Y en esa realidad, dejamos de ser individuos aislados para convertirnos en un solo cuerpo, una familia que no solo se reúne, sino que comparte una misma vida: la vida de Cristo.

III. Una mesa que nos hace un solo cuerpo.

1 Corintios 10:16 – 17

La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan.

La mesa no solo expresa nuestra comunión con Cristo, sino que revela una verdad inseparable: nuestra comunión unos con otros nace de nuestra participación en Él.

La mesa exige coherencia: no se puede afirmar unidad en la Cena y vivir en indiferencia, orgullo o aislamiento fuera de ella. La participación en Cristo demanda una vida alineada con esa realidad.

La verdadera participación en Cristo transforma nuestras relaciones, no solo nuestros momentos de adoración.

Sentarnos a la mesa deja de ser solo un acto y se convierte en una referencia constante para la vida de la iglesia. Nos recuerda quiénes somos, cómo estamos unidos y cómo debemos vivir. No es el centro en sí misma, pero sí una expresión poderosa de lo que



Cristo ha hecho y de lo que somos en Él.

Por tanto, cada vez que participamos, no solo afirmamos nuestra comunión con Cristo, sino también nuestra unión con su cuerpo. Y esto nos lleva a vivir de manera diferente: con humildad, con amor, con compromiso y con una conciencia clara de que no estamos solos.

CONCLUSIÓN

Cristo no solo nos salvó; nos introdujo a una comunión viva. Él deseó esta mesa, la estableció con su sacrificio y nos hizo participantes de su propia vida. Lo que comenzó como un acto en la mesa continúa como una realidad en la vida diaria.

Por eso, cada vez que participamos, no solo recordamos su obra, sino que afirmamos quiénes somos: un pueblo que comparte una misma vida. No somos individuos aislados, somos un cuerpo, una familia, una comunidad formada por la vida de Cristo en nosotros.